

aceptar tan alta dignidad. Los Romanos se mostraron, pues, fieles al compromiso contraído en el año anterior, con el emperador, de no proceder á la eleccion sin su permiso. Pero mientras andaban estas negociaciones, los acontecimientos habian tomado otro giro en Roma. Benedicto IX, [sin duda mal aconsejado por ambiciosos], dejó su vida solitaria y retirada, y con sorpresa y dolor de la Iglesia reapareció en la Silla de san Pedro, el 8 de noviembre de 1047, el que san Pedro Damian, [tal vez sobrado fogoso en esta ocasion], llamaba la *serpiente venenosa de la Iglesia*, el *nuevo Simon*, el *nuevo Giezi*. Se mantuvo en ella ocho meses; pero su corazon, tocado de la gracia por las exhortaciones del piadoso Bartolomé, abad del monasterio de *Grotta Ferrata*, conoció que no era ni capaz ni digno de tan alto puesto; y aun hasta se privó de ejercer mas el sacerdocio, no pensando sino en reconciliarse con Dios con la mas sincera penitencia. Benedicto IX, grande en esta ocasion porque fué humilde, abdicó voluntariamente la dignidad pontifical, abrazó de todo corazon la vida monástica, bajo la direccion del que acababa de abrirle el camino del cielo, y murió humilde monje en el convento de *Grotta Ferrata* (1).

§ VI. PONTIFICADO DE DÁMASO II (17 de julio de 1048-8 de agosto siguiente).

32. En el mismo dia de la abdicacion definitiva de Benedicto IX se coronó, con el nombre de Dámaso II, Popon, obispo de Brixen, á quien habia propuesto Enrique III al sufragio de los Romanos, como prelado benemérito y virtuoso. Mas no hizo sino pasar por la Silla de san Pedro, porque murió en Preneste el 8 de agosto de 1048, á los veintitres dias de su exaltacion. La herencia de Dámaso II iba á caer en manos hábiles y sabias que habian de hacer olvidar las borrascas de lo pasado y preparar grandes cosas para el porvenir.

(1) Illescas en su Historia pontifical, fundado en antiguos y graves autores, pone la abdicacion definitiva de Benedicto IX antes de Gregorio VI, y cuenta á Dámaso II como inmediato sucesor de Clemente II, sin alegar nada ni aun hablar del *segundo periodo* de Benedicto IX, que ponen los historiadores franceses. (El Traductor.)

## CAPITULO III.

### SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN LEON IX (11 de febrero de 1049-19 de abril de 1054).

1. Eleccion de Brunon, obispo de Toul, al soberano pontificado. — 2. Concilio romano. — 3. Concilio de Pavia. — San Juan Gualberto funda el monasterio de Valleumbrosa. — 4. Concilio de Reims. — 5. Concilio de Maguncia. — 6. Berengario. Lanfranco. — 7. Herejía de Berengario. — 8. Su condenacion. — 9. Miguel Cerulario, Cisma de Oriente. — 10. Últimos actos y muerte de san Leon IX.

§ II. PONTIFICADO DE VÍCTOR II (13 de abril de 1055-28 de julio de 1057).

11. Eleccion del papa Víctor II. — 12. Cuestion de las *Investiduras*. — 13. Celo y humildad del papa Víctor II. — 14. Concilios de Lyon y de Tours. — 15. Estado del mundo católico. — 16. Muerte del emperador Enrique III. Muerte del papa Víctor II.

§ III. PONTIFICADO DE ESTÉBAN X (2 de agosto de 1057-20 de marzo de 1058).

17. Eleccion de Estéban X. — 18. Su celo por la reforma eclesiástica. — 19. San Pedro Damian, cardenal. — 20. Muerte de Estéban X.

§ IV. CISMA DE BENEDICTO X (5 de abril de 1058-enero de 1059).

21. Eleccion cismática de Benedicto X. Reclamaciones de san Pedro Damian. — 22. Deposicion de Benedicto X.

§ V. PONTIFICADO DE NICOLÁS II (31 de enero de 1059-24 de junio de 1061).

23. Eleccion de Nicolás II. Concilio romano. Eleccion de los papas reservada á los cardenales. Derecho de confirmacion atribuido á los emperadores de Alemania. — 24. Concilio de Amalfi. Tratado entre Nicolás II y Roberto Guiscardo. — 25. Herejía de los Nicolaitas. Legacion de san Pedro Damian á Milan. — 26. Legacion de san Hugo, abad de Cluny, y del cardenal Estéban á Francia. — 27. Relaciones de Nicolás II con los diversos países de la cristiandad. — 28. Desórdenes en la corte de Enrique IV. Muerte de Nicolás II.

§ VI. PONTIFICADO DE ALEJANDRO II (30 de setiembre de 1061-20 de abril de 1073).

29. Eleccion de Alejandro II. Cadalos, obispo de Parma, antipapa bajo el nombre de Honorio II. — 30. Lucha entre el papa legítimo y el antipapa. Deposicion de Cadalos. — 31. Herejía de los Incestuosos. — 32. San Pedro Igneo. — 33. Enrique IV quiere repudiar á su legitima esposa. Legacion de Pedro Damian á este principe. — 34. Muerte de san Pedro Damian. Sus obras. — 35. Conquista

de la Inglaterra por Guillermo el Bastardo, duque de Normandía. — 36. Santos ilustres en el pontificado de Alejandro II. — 37. Disciplina voluntaria. — 38. Muerte de Alejandro II.

§ I. PONTIFICADO DE SAN LEON IX (11 de febrero de 1049-19 de abril de 1054).

1. En el momento en que llegó á la Alemania la inopinada muerte de Dámaso II, Enrique el Negro celebraba en Wormes una dieta ó asamblea general de señores y prelados. Se hallaba entre los prelados reunidos en esta junta, un santo obispo de ilustre nacimiento, Brunon, obispo de Toul, conde de Habsbourg, pariente de Conrado el Sállico, y primo de Gerardo de Alsacia, duque de la alta Lorena, de la cual desciende la casa actual de Lorena. Su mérito, mas bien que sus alianzas ilustres, le habia hecho llegar á los honores del episcopado, del cual ya contaba veinte y dos años. Durante esta larga mision se habia dedicado particularmente á la reforma de los monasterios, y mas tarde sirvió de mediador entre Rodolfo, rey de Borgoña, y Roberto, rey de Francia. Viajes frecuentes á Roma le habian dado á conocer muy á fondo las actuales necesidades de la Iglesia y sus oportunos remedios. El emperador y la dieta unánime le propusieron al sufragio de los Romanos. A pesar de su resistencia, le fué preciso aceptar lo que todos le pedian aceptase. Salió de Toul á pié y en hábito de peregrino para ir á sentarse en el primer trono del mundo. A su llegada á Roma toda la ciudad salió á recibirle. Despues de su oracion ante el sepulcro de los Apóstoles, expuso al clero y al pueblo la eleccion que de su persona habia hecho el emperador, suplicándoles declarasen francamente su voluntad, cualquiera que fuese, para que pudiera hacerse canónicamente la eleccion. « He venido muy á pesar mio, » dijo; y seré dichoso en regresar á mi diócesis si mi eleccion » no queda aprobada por unánime consentimiento. » Respondieron todos á estas humildes expresiones con elevar al nuevo papa en triunfo al palacio de San Juan de Letran, y así fué entronizado por aclamacion Leon IX, el 12 de febrero de 1049. Llevaba consigo un jóven y santo monje de noble y grande

carácter, de un genio activo y penetrante, de regularidad ejemplar, y que habia de ilustrar el nombre de Hildebrando. Este monje, llamado á tan alto destino, habia nacido en Roma, y al volverlo á su patria, san Leon IX hacia á los Romanos un magnífico presente en cambio de la corona que recibia.

2. Desde el dia siguiente al de su exaltacion, el santo y laborioso pontífice se ocupó en reformar los abusos que tanto lastimaban á la Iglesia. Anunció su intencion formal de castigar á los simoníacos y de prohibirles el ejercicio del ministerio. Era tan profundo el mal, que al saber esta resolucion los obispos de Italia le expusieron que si insistia en ello, cesaria el ministerio pastoral de hecho en la mayor parte de las iglesias. Pero esto solo sirvió de avivar el celo del papa; y solo empleó el tiempo necesario para reunir en Roma un concilio de los obispos de Italia, veintiseis dias despues de su entronizacion. Fué anatematizada la simonía bajo todas sus formas en varios cánones conciliares. Desde luego, para cortar la raíz del mal, Leon IX habia manifestado su resolucion de privar de todas las funciones eclesiásticas á cuantos hubieren sido ordenados á sabiendas por un obispo simoníaco. Sin embargo se dejó vencer, y se contentó con renovar la sentencia fulminada por Clemente II, su antecesor, que los admitia al ministerio previa penitencia pública.

3. Como san Pedro visitó en otro tiempo las iglesias de la Judea para fortalecerlas en la fe y piedad, san Leon IX quiso tambien visitar las principales de Occidente para restablecer la disciplina relajada y combatir el espíritu de desórden y tinieblas que se habia introducido. Fué desde luego á Pavía, donde presidió un concilio donde hizo adoptar para la alta Italia las leyes contra la simonía é incontinencia de los clérigos. De paso visitó el ya célebre monasterio de Valleumbrosa, que un noble Florentino, san Juan Gualberto, acababa de fundar, en 1039, con circunstancias extraordinarias. El hermano de Juan Gualberto habia sido asesinado por un gentil-hombre enemigo suyo. Un viernes santo, Juan Gualberto, acompañado de hombres armados, se encuentra con el matador; y la

vista de este enciende de nuevo en su corazón el deseo de venganza. Pone la espada en mano, el reo se echa á sus piés, extiende sus brazos en cruz y le conjura por la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, de que se celebraba memoria en aquel día, que no le quite la vida. Juan Gualberto se siente tocado vivamente; tiende la mano al asesino de su hermano y le dice con blandura: « No puedo rehusarte lo que me pides » en nombre de Cristo. Te doy no solo la vida sino mi amistad. Ruego á Dios me perdone. » Vuelto un hombre nuevo, Juan Gualberto solo desea consagrarse enteramente al servicio de Dios, y despues de algunos años de noviciado en el monasterio de San Miniato de Florencia, se retiró á un valle sombreado por sauces, llamado *Valle-Ombrosa*, y fundó un convento de la orden de san Benito, reformada, y mas severa que la de Cluny. San Juan Gualberto fué el primero que, á mas de los religiosos de coro, admitió en su convento hermanos conversos ó *legos* para las cosas exteriores.

4. Tales eran el hombre y la institucion que quiso honrar especialmente san Leon IX. Entraba en su plan de restauracion universal, rodearse de elementos que asegurasen el triunfo de sus reformas. Apenas concluido el concilio de Pavia, el papa tomó el camino de Alemania y fué á Colonia, para conferenciar con el emperador Enrique el Negro acerca de las medidas eficaces para combatir en sus Estados la simonia y la incontinencia de los clérigos, dos plagas de la Iglesia que se proponia exterminar. Anunció que iria á Francia para presidir un concilio nacional, donde proveeria á las necesidades de esta cristiandad y promulgaria los reglamentos que trataba de hacer seguir en Italia y Alemania. Esta noticia alarmó á los prelados simoníacos y á los señores que retenian injustamente los bienes eclesiásticos. Así es que se movieron bajas intrigas en la corte del rey de Francia, Enrique I, para hacer que este príncipe no prestase el concurso de su autoridad en favor del concilio indicado por Leon IX. Se le persuadió que el honor y prerogativas de su corona estaban interesados en que el soberano pontífice no hiciese acto de

jurisdiccion en su reino. Estas maniobras vencieron al débil monarca; y envió á decir al papa, que ocupado á la sazón en algunas expediciones militares, no podria hallarse con él en Reims, y que en consecuencia le suplicaba suspendiese su viaje. San Leon IX no era hombre para detener su celo heroico ante los obstáculos, y respondió á los diputados franceses: « No podemos faltar á la promesa que hemos hecho á » san Remigio. Iremos á hacer la dedicacion de su iglesia. No » nos faltará la piedad del pueblo franco, y si acuden á Reims » algunos obispos en cuyo corazón haga mas mella el interés » de la religion que el temor del soberano, celebraremos allí el » concilio indicado. » El papa llegó en efecto á Reims el 2 de octubre de 1049, y no se engañó cuando contaba con el amor y veneracion de los Franceses á la cabeza suprema de la Iglesia. Acudió á Reims inmensa muchedumbre de fieles de todas las provincias. En presencia de ella hizo el papa el reconocimiento solemne de las reliquias de san Remigio, que quiso llevar en sus hombros para depositarlas en la nueva iglesia que se acababa de construir en honor del apóstol de los Francos. Procedió en seguida al objeto principal de su viaje, la celebracion de un concilio nacional. Fueron solemnemente promulgados en él los decretos de Roma y Pavia contra la simonia y relajamiento de los clérigos. El papa quitó algunos prelados escandalosos, recibió otros á penitencia y acogió con indulgencia á cuantos se mostraron verdaderamente arrepentidos. El concilio Remense de 1049 ofreció una particularidad: se cantó en él, á la apertura de la sesion, el himno *Veni, Creator Spiritus*; y es el primer monumento de la antigüedad de este himno, cuyo autor es desconocido.

5. Despues de arreglados en Reims los asuntos de religion en Francia, el infatigable Leon IX volvió á Alemania y celebró en noviembre de 1049 un concilio en Maguncia. Se hallaban presentes el emperador y principales señores de la Germania: se trató de remediar, como en Francia, los desórdenes causados en aquellas comarcas por la simonia y matrimonios sacrilegos de los sacerdotes. En esta época creó el papa á los

arzobispos de Colonia archi-cancilleres de la Iglesia romana y cardinales-presbíteros de *San Juan ante Portam Latinam*. Pero ambas dignidades han caducado, y solo resta á los arzobispos de Colonia el derecho de vestirse de encarnado como los cardenales. Leon IX partió muy en breve para Italia, y atravesando la Lorena, se llevó consigo á Humberto, abad de Moyen-Moutier, á quien hizo obispo y cardenal, y al que muy pronto veremos figurar entre los mas distinguidos prelados de su siglo, tanto por sus luces como por sus trabajos en servicio de la Iglesia. En Siponte, al pié del monte Garganio, celebró tambien un concilio el papa, donde depuso dos arzobispos simoníacos, en 1050. Algunos meses despues se celebró un concilio general de los obispos de Italia, en Roma, para condenacion del heresiarca Berengario.

6. San Fulberto, obispo de Chartres, habia dado fuerte impulso á las ciencias teológicas; pero entre los numerosos discípulos que le oian, habia reparado en uno de esos genios orgullosos y temerarios á quienes no satisface la verdad, y que parecen tener afinidades secretas con el error y la paradoja, hechos lamentable juguete de una imaginacion vagabunda, desenfrenada. Ese jóven se llamaba Berengario. Despues de haber seguido algunos años la escuela de san Fulberto, se fijó en Tours, su patria, y él mismo abrió con cierta pompa un curso público. Era su expresion viva y animada; desplegaba una erudicion superior á su tiempo, y tenia el secreto de encantar á las masas. Pero tenia mas penetracion que ciencia, mas brillantez que solidez, y debia su éxito mas bien á una forma nueva y atrevida que á pensamientos profundos, frutos del ingenio. Sin embargo, su doctrina hasta cierta época era tan irreprochable como sus costumbres, y nada hacia prever en él un heresiarca futuro. Pero una herida de amor propio fué causa de su caida. Se le dijo que acababa de llegar de Pavia un docto extranjero, muy instruido en teología y humanidades, y que venia á traer á Francia los tesoros de ciencia que habia amontonado al otro lado de los Alpes. Era en efecto Lanfranco, sabio italiano, que iba á la abadía de Bec, recién-

temente fundada por el abad Hilduino, y que debia ilustrar con su nombre. Berengario quiso empeñar un certámen literario con este extranjero, en quien su vanidad presentia un rival. En esta época eran muy de moda esta especie de torneos literarios. Berengario quedó vencido, y su orgullo no pudo soportar la derrota. Lanfranco, nombrado poco despues catedrático ó *maestro de escuela* en la abadía de Bec, reunió muy pronto la juventud de Francia al pié de su cátedra; y su reputacion acabó de despoblar la escuela de Tours. Berengario, creyendo poder recuperar su ascendiente, se transformó en sectario.

7. Volviendo á reproducir la polémica del siglo ix sobre la Eucaristía, enseñó públicamente que Nuestro Señor Jesucristo no está real y sustancialmente en el adorable sacramento, mas tan solo de un modo figurativo y con una presencia que puede llamarse impanacion, como mas tarde ha querido Lutero, cabeza del protestantismo. Escoto Erígena habia enseñado lo mismo hacia un siglo, y fué refutado victoriosamente por Pascasio Ratherto. Sin embargo, Berengario tuvo discípulos y se formó una escuela; mas á fuerza de racionar sin brújula fija, no tardó en variar sus opiniones. En una palabra, tuvo la suerte de todos los heresiarcas que están condenados á extrañarse sin cesar á medida que se separan de la unidad. Berengario queria escudar sus errores con Escoto Erígena, y Lanfranco no vaciló en aceptar el combate en este terreno, defendiendo á Pascasio Ratherto y al dogma católico de la presencia real. Hugo, obispo de Langres, salió á la palestra para combatirla, y en eso estaba la discusion cuando san Leon IX avocó la causa á su tribunal, en el concilio romano de 1050. Fué condenada la nueva doctrina, y citado su autor á venir en persona para justificarse en un concilio mas numeroso, que fué convocado para Verceil en el mismo año.

8. En lugar de asistir á este concilio, Berengario trataba de propagar sus errores en la Normandía. El duque Guillermo juntó en Briona á los obispos y abades mas sabios de sus Estados para que confiriesen con el heresiarca. Berengario salió